

SEXTO TRIMESTRE. 20 de noviembre 1838.

CAPILLADA 93. (41 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit in manibus ministrorum esse ordinem atque conformitatem, anathema sit.

Si alguno dijere que en las manos de los ministros hay orden, uniformidad y concierto, le sacudo un guantazo que le hago bailar la jota.

CONC. 3. GERUND. CAN. 15.

LOS GUANTES.

En tres sitios de concurrencia pública me tiemblan, á mí Fr. Gerundio, las piernas de miedo: en la iglesia, en los toros, y en las Córtes. En la iglesia, cuando toca el evangelio de la pasion; en los toros cuando le toca matar á Miranda, y en las Córtes, cuando toma la palabra el Sr. Argüelles. Pero en la mi-

sa hay un *Deogracias* consolador; en los toros, hay el recurso de la media luna: pero en los discursos del hermano Agustin no hay mas remedio que esperar á que se canse. Si las cosas buenas que de cuando en cuando se le caen de la boca las desbrozára del follage de tantas digresiones históricas en que siempre se derrama, si este Abraham de la libertad se amoldára al *cito cito*, al *vivo vivo* que reclaman las circunstancias y la impaciencia del que espera y desespera, se le oiría con mucho gusto. Pero asi, la imaginacion del oyente, no sujeta por la novedad de la oracion, se echa á volar sabe Dios por donde.

¿En qué dirán vds. que estaba yo reparando el otro dia en la media onza de minutos que empleó en hablar el hermano Agustin? Pues yo ni reparé en los dos pañuelos que gastó en limpiar la saliva, ni en las dos veces que equivocó el ministro de la coraza la puerta por donde debía entrar; ni advertí cuando para anotar una espresion del orador cogió la obleéra por la pluma: ni me llamó la atencion el estilo dulce del Sr. Isturiz, cuyo acento cortado y agudo, cuando reclama el órden de la tribuna pública, (para lo cual basta que alguna boca se abra para sonreirse), me re-

cuerda siempre aquel suave y melifluo verso con que empieza cierto poema (no el poema épico titulado *Pelayo*, que está componiendo el Sr. ministro de Gracia y Justicia, sino otro que no conoce él y conoce Fr. Gerundio), el cual verso blando y meloso dice así:

«Rompa el ronco rugir de hórrida guerra.»

En nada de esto pues reparé. Fr. Gerundio regularmente observa aquello de que nadie hace caso. Reparé pues..... en el color de los guantes de los ministros. Los del Sr. Ruiz de la Vega eran color de plomo: símbolo de la pesadez con que marchan los negocios en los tribunales de Justicia de que él es jefe. Si algún extranjero me preguntara, á mi Fr. Gerundio, por el sistema de enjuiciamientos de España, le llevaría al Congreso y le enseñaría los guantes del ministro de Gracia y Justicia. El plomo y los tribunales españoles parecen extraídos de una misma veta de tierra.

Los del Sr. Vallgornera eran de color de Gobernacion de la Península; esto es, de color de paja. Ministerio estipuloso, de mucha caña y poco grano.—Los de Monte-Virgen blancos como el hidrargirio; guantes de azogue: limpios como la plata, virginales como el titulo

de su dueño: color de inocencia, como quien dice, color de Fr. Gerundio preso. Si, lo que no es de creer, sus manos hubiesen ido manchadas (cosa no muy imposible en unas circunstancias en que un ministerio de hacienda ni aun tiempo debe dejar para lavarse las manos), el guante lo disimulaba perfectamente. Y así si alguno se atreviese delante de mí á suponer cualquier mancha en ellas, le diria; hermano, salvo el guante. El ministro y yo nos mirábamnos algunas veces de hito en hito; y aunque no hablábamos, porque el sitio no lo permitia, parecia que nos deciamos con los ojos, yo á él *yo soy*, y él á mí: *yo fui*.—Pues nos veremos los dos.

El hermano Frias y el hermano Ponzoa llevaban las manos descubiertas, no llevaban guantes. Así habia de ser para que todo suceda al revés en esta España de los *vice-versas*. En cuanto al ministro de Marina no lo extraño; porque una vez adoptado el sistema de no dar un paso sin previa esposicion á S. M., debo creer que aun no habrá recaído una real resolucion esplicita sobre si ha de usar ó no guantes en el Congreso. Pero el ministro de Estado perdóneme que le diga ha hecho muy mal en presentarse así delante de Fr. Gerundio. Porque ha de saber su reverencia que el mi-

nisterio de Estado debe ser ministerio de mano oculta, ministerio de tira la piedra y esconde la mano: porque la diplomacia no es para mí otra cosa que una mano cuyo color se encubre y oculta con el de una sobrepuesta piel del tinte que mas convenga. Ministerio que exige la astucia y el instinto del castor de cuya piel se hacen los guantes. En fin las manos de Fria, serán manos de hombre de bien, pero no llevaban guantes; no pueden ser manos diplomáticas.

Asi fué, que segun él mismo se esplicó en contestacion al Sr. Arguelles, sus manos no son de *cuádruple alianza*, sino de *tratado de 22 de abril*, como quien dice, manos que firmarán cualquier tratado, pero que no harán alianzas. En una palabra, manos de pobre hombre.

EL MOCHUELO.

Unos dias antes de mi prision me habia dicho Tirabeque: Señor, siempre metidos aqui en este infierno de Madrid, siempre escribiendo capilladas... ¿por qué no hemos de salir un dia á caza?—Que me place, le dije; apruebo la proposicion. Pero la dificultad está en que no

tenemos los avisos correspondientes.—Señor, eso déjelo vd. de mi cargo.

Yo no sé como se las gobernó, ello fue que al dia siguiente se me presentó con todos los arréos venatorios, preparó su merienda, y echamos á andar. La cacería no fue tan desgraciada que no matase yo un mochuelo y una perdiz. Pero Tirabeque, á pesar de salirle á los pies perdices, liebres y conejos, ni uno solo pudo matar. Don de errar tenia el diablo del muchacho. Ya que fue mas afortunado que el Sr. Cadavantes, que segun dijo en las cortes pintando el estado de la Mancha, en cinco años no ha podido ver una liebre, hasta que fue Narvaez (de cuyo servicio leporino hasta ahora no sé yo que el gobierno haya dado las gracias al general de la reserva), el bueno de Pelegrin no acertó un tiro; parecia un ministro cazador: mas pólvora me desperdició que palabras se han malgastado en la discusion de la contestacion á la corona.

A la tardecita, cuando ya resolvíamos regresar á casa, le dije: vamos, Pelegrin; esta caza la hemos de repartir como honrados cazadores. Tu te llevarás el mochuelo y yo me quedaré con la perdiz. Supongo que esa sería la reparticion que tu querrias tambien hacer.—

Señor, por querer yo mas querria la perdiz, pero conozco que no la merezco.—Vaya, pues en ese caso yo me quedaré con la perdiz y á ti te dejaré el mochuelo.—Corriente, señor, si vd. se empeña... —Pero volviendo un poco en si, y dándose una palmada en la frente: «há señor, me dijo; veo que de todos modos me toca á mi el mochuelo. Ya decia yo. Si aunque hubiera yo matado las dos piezas, me habia de salir la misma cuenta, porque siempre el mochuelo le habia de tocar al pobre lego. —Perdone vd., amigo (repuso uno que venia detras escuchándole) que á quien le toca siempre el mochuelo es al pobre labrador. Y no digo yo un mochuelo, continuó, sino todos los mochuelos y aves de rapiña.

A estas espresiones volvi la cara y vi un hombre en traje de labrador sobre una mula que se conocia ser tambien de labranza. En el semblante del labriego se notaba cierta espresion de honradez al mismo tiempo que cierto aire de despejo que me hizo formar desde luego un concepto favorable de su buen corazon y de su razon natural. Lo cual me movió á decirle: buen hombre, vd. parece que habla escarmentado de estas particiones de caza, y del lenguaje de vd. debo inferir que le habrá

tocado algunas veces el mochuelo.—Caballero, me contestó, los mochuelos que me tocan á mi, igualmente que á los de mi oficio son algo peores que el que lleva este mozo. El otro día llegué á casa con ánimo de descansar de mis trabajos del campo, cuando me recibió mi mujer llorando y gimiendo. Como yo ya conozco los llantos de la mi Escolastica, dije para mi: á Dios! mochuelo hay en casa.» ¿Pues qué es eso, muger?—Qué ha de ser, hombre? Que nos han llevado las tres fanegas de trigo y las dos de cebada que nos habian quedado para sembrar.—Y para qué ha sido eso, muger?—Para raciones de la tropa, dicen.—Pues ¿porqué no les diste del monton del medio?—Porque no lo recibian no siendo semental limpio y azarandado.—Vaya, muger, pues por eso no te sofoques: ten paciencia.

Me fuí á acostar, y al primer sueño, trás trás á la puerta. ¿Si será otro mochuelo? dije. ¿Qué se ofrece?—Que en el término de cinco minutos se presente vd. con el carro y las mulas en la plaza para ir de bagage, pena de 40 dueados y de venir á sacarle de casa con un piquete.—Uncí mi ganado, sali con mi carro medio dormido, y despues de haberme reventado las mulas y haberme dado á mi de sa-

blazos, además de no pagarme, llegué á casa y me encontré con la justicia. Mochuelo, hay en danza, volvi á decir.—¿Qué tenemos, Sr. Alcalde?—Nada para el caso, Tio Luciano: que pague vd. á este Sr. Comisionado el ducado de la comision del diezmo.—Pero si yo he diezmado bien.—No importa: el Sr. Intendente manda que todos paguen igualmente. Y despáchese luego, que de aqui á dos horas tengo que venir á cobrar el tercio de la contribucion, que ya está en el lugar otro comisionado de apremio.—Pues entonces escusa vd. de marcharse, Sr. Alcalde.—¿Y sabe, tio Luciano, que le han correspondido seiscientos sesenta rs. por la extraordinaria de guerra? Pero eso no le apura hasta de aqui á dos ó tres días.—Pues hombre, véndame vd. á mi con hijos y todo, y déjeme vd. en paz de una vez.—A vd. y á los hijos no les venderé, pero el carro y la labranza tendré que embargárselos si no paga luego.

Sin concluir estas contestaciones asoma el Bulero á la puerta, diciendo: tio Luciano, los 50 reales de las Bulas al instante. No bien ha hablado el mochuelo del Bulero, cuando viene otro mochuelo y me intima que en el término de 24 horas me disponga á pagar los 60 reales

de niños espósitos, con 16 de multa, y además 100 rs. para suministros.—Atajando su mochuelo de vd. paisano, le dijo Tirabeque: ¿es vd. de Leon?—No señor, le contestó el labrador.—Ya me lo parecía, porque en la provincia de Leon se les ha ofrecido á los labradores no apremiarles por los atrasos y descubiertos de contribuciones, con tal que voten para diputado á un paisano mio que llaman el marqués de Montevirgen. Ahora siga vd. con su mochuelo, hermano.—Pues como digo, señores, despues de todos estos mochuelos y otros que callo, de resultas del sofocon, de los sablazos y bayonetazos que llevó el ganado cuando fuí de bagage, se me murió la mula compañera de esta, que era la mejor: la llamaba yo *la redonda*. Y el dia que se murió me escribió un hijo que tengo estudiando en la Universidad pidiéndome 160 rs. para la matrícula.—Son vds. tontos, le dijo Tirabeque: se empeñan vds. en llevar los hijos á estudiar á la Universidad. ¿Para qué? Para gastar con ellos. Si vds. desde la escuela les trajeran al ministerio de Hacienda de Madrid, entrarian ganando dinero. Ahora de resultas de las elecciones vá á traer el mismo marqués que le he dicho á vd., un niño con 4.000 rs., lo mismo que hizo el her-

mano Mon con otro.—Mire vd. paisano, dijo el labrador, á quien habia vd. de comunicar eso era á uno que llaman Fr. Gerundio.—Descuide vd. que ya lo sabrá.—Y en esto llegamos á Madrid, y al separarnos del labrador le dijo éste á Tirabeque: oiga vd. no se le olvide á vd. decir al mismo tiempo á Fr. Gerundio que diga algo de tantos mochuelos como le tocan al labrador.

GRI, GRI, GRI, GRI, GRI.

Dicen por ahí que la España está hecha una leonera. Ya quisiera yo que fuese leonera. Pero el caso es que los leones se han vuelto grillos, y como los grillos pretenden ser los reyes de las sabandijas, es una gloria ver la música que arman para gobernarnos á nosotros, pobres sabandijas, que nos arrastramos por entre los escombros de esta España desmoronada.

Gri, gri, gri, gri, gri.—¿Qué grillos son esos que cantan por ese lado?—Los ministros que mandan cesar las juntas de represalias.—Gri, gri, gri, gri, gri.—Y eso qué es?—Las juntas, que no quieren ser gobernadas como gobiernan los ministros.—Gri, gri, gri, gri, gri.—¿Quién chilla?—Un general, que dice que allí

manda él.—Gri, gri, gri, gri, gri,—? Qué grillo es ese?—Otro general que dice que aquello otro corre de su cuenta.—Gri, gri, gri, gri, gri.—Qué pide ese grillo?—Es una diputación que clama porque se socorra su provincia.—Gri, gri, gri, gri, gri.—Quién canta ahora?—Otro general que pide gente.—Gri, gri, gri, gri, gri.—¿Quién grilla ahora?—Otra junta.—¿Qué pide esta nueva junta?—Que les quiten los grillos, y un gobierno que no sea de sabandijas.—Gri, gri, gri, gri, gri.—Qué es esto, señores?—Que todos los grillos cantan á un tiempo.—Qué quieren todos los grillos?—No se sabe.—Quién entiende esta grillera.—Nadie.—¿Fr. Gerundio tampoco?—Tampoco.

LA MULETA.

Señor, vengo loco de contento; me alegro ser cojo. Bien decia yo, que si esto no lo componiamos los cojos, nadie lo componia. ¡Qué verdades, mi amo, qué verdades! ¿Ve vd. estos dos puños juntos? Ponga vd. aqui los suyos tambien. ¿Los ve vd. todos cuatro? Pues mas gordas todavia, señor. Yo mismo las he oido, yo.—¿Pero dónde, hombre, y á quién?—Señor, en las córtes, á uno que anda con una

muleta.—Há, si: ese es el general Seoane; aquel de quien tu murmuraste en Leon (capitulado 23), por el desafio con el oficial de la Guardia; ¿No te acuerdas?—Si señor, si: ¿y es el mismo?—El mismo. Y me alegro que te haya llamado la atención la franqueza é ingenuidad de ese valiente militar, de ese español castizo, honrado, desinteresado y celoso que con tan imperturbable entereza descubre los amañes é intrigas de la política estrangera; que con tanto valor denuncia los escándalos, las malversaciones y las injusticias; que con tan ardiente celo patentiza la marcha tortuosa que por seducción ó por malicia han llevado y llevan nuestros gobernantes en la dirección de los negocios del estado: que sobreponiéndose á todos los partidos, sin mas color que el de buen español, sin mas ambición que la de salvar la patria, sin mas miras que el sostenimiento del trono y de las leyes juradas, y sin mas interés que evitar la ignominia de sucumbir á D. Carlos, señala la única senda que nos queda que seguir, y la señala con franqueza diciendo «por aqui; y solo por aqui.»—Señor, si por mi fuera, aquella muleta la convertia en cayado y le hacia obispo.—Siempre has de echar tu por los cerros de Ubeda.

No sé si me engañaré, Tirabeque; pero yo creo ver en ese hombre franqueza, honradez, desprendimiento, energía y decision sin disfraz, sin transacion, la decision del corazon y de la virtud.—Deje vd. señor, si estaba yo hueco de oirle hablar, al ver que todavia nos dejamos ver algunos buenos españoles, de quien echar mano en un caso. Cuando le aplaudian los que estaban junto á mi, hacia yo porque me vieran esta pata, y les decia: «yo tambien soy cojo.»

—Cosa particular, hombre; que un defecto fisico que tiene el general Seoane, y que le habrá grangeado por batirse con valor en los campos de batalla, y no como tu, que adquiriste la cojera por saltar una tapia á robar fruta, eso es en lo que haces alarde de parecerle á él. ¿Por qué no le haces de imitar sus virtudes?—Señor, ya las imito. Yo le sirvo á vd. bien y fielmente y soy un lego constitucional y amante de mi Reina: yo no trinsijo, yo no pido nada á nadie, ni tengo mas que lo que vd. buenamente me dá; yo sé ayudarle á vd. á misa, yo le mullo una cama bien mullida, yo le guiso un conejo bien guisado (y que no tiene vd. que decir que soy caro en especias); en fin, señor, yo no sé qué mas virtudes quiere vd. de mi.—Todo eso está bien, pero te falta la

virtud de la *entropelia*.—Señor, esa ni la tengo ni la quiero: las tropelías allá allá para el gobierno de las prisiones, que Tirabeque no atropella á nadie á menos que se metan con él. —No es eso, hombre, no hay nada de trope-
 lias, sino la virtud llamada *entropelia*, que enseña á moderar el exceso en los placeres y entretenimientos. Tampoco posees la *eubúlia*.—
 Todo al contrario, señor; me gusta hacer las cosas sin bulla.—Vaya, eres un estólido; no se puede hablar contigo de virtudes.—Señor, yo lo que digo es, que aquel general de la muleta debía ser ministro. ¿No están diciendo todos los días que se necesitan ministros de pureza, decisión y energía, y sin colores ni colorines? Pues ahí tienen uno, señor.—Mira, tanto como eso no diré, porque acaso será más útil en el Congreso que en el gabinete: pero repito, y eso quería decirte antes, que tu debes imitar sus virtudes: él no quiso ser teniente general, porque dijo que en su concepto no lo había ganado: tu no debes recibir las propinas que yo te quiera dar, diciendo que no las has ganado: él distribuía su sueldo de comandante general de la Guardia entre los soldados heridos é inutilizados: tu debes dar tu salario á los pobres.—Señor, eso....—Qué; ¿te

rascas la cabeza?—Señor, en eso que le imite otro; yo ya le imito en la cojera—Ay Tirabeque, Tirabeque! ¡Cuántos Tirabeques hay por el mundo! Así estamos como estamos. Muy pronto, si, para elogiar las virtudes, la generosidad y los desprendimientos que se ven en otro hombre. Pero se trata de imitarle, y lo que imitan en él es.... un defecto que tenga... *la cojera.*

ESTE PÁJARO QUE NO CANTA

ALGO TIENE EN LA GARGANTA.

¿No quereis que se espese en la contestacion á la corona lo de no transigir con D. Carlos, hé? *¿Eh pour quoi? ¿Por qué razon? ¿Ut quid silentium istud?* La única que podeis alegar es que no lo creeis necesario. Muy económicos estais de palabras, hermanos, cuando por otra parte gastais ocho dias en una discusion que no debia durar ocho horas. No señor, esta no cuele para Fr. Gerundio. Aquí hay maula, *aliquid latet.* ¡Cuidado no sea el gato de Tirabeque! Hermanos diputados, lo que abunda no daña: dos palabras pueden tranquilizar á toda una nacion. Españoles, tened cuidado con los que esquivan hablar de no-trasacion, porque *pájaro que no cuenta algo tiene en la garganta.*

UN SENTIMIENTO SINCERO.

Dicen que ha hecho dimision el gabinete, y lo siento á fé de Fr. Gerundio, porque tengo pendiente cierta negociacion con uno de sus miembros, que quisiera dejar orillada mientras fuese ministro. Pero ¡cómo ha de ser! Si Dios lo quiere así, paciencia y *non gruñatis.*

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.